

Mstislav Rostropovich

(1927-2007)

un héroe de nuestro tiempo

ROBERTO BRAVO

Es una locura pensar que es posible vivir
Dos vidas, una pública y otra privada. Na-
die puede servir a dos amos.
W.H.AUDEN

El camino del odio y la violencia ha perturba-
do la marcha de los acontecimientos en el
mundo, pero ha sido incapaz de detenerlos
cuando se ha enfrentado al heroísmo de personas de la
calidad humana de Mstislav Rostropovich. Es difícil para
un político represor entender la dignidad de los hom-
bres, porque son ellos mismos la imagen que tienen del
mundo:

"Un idiota no ve el mismo árbol que ve un hombre
sabio".

-Pero Rostropovich está inquieto y exige que usted
vaya.

-Lo llamaré para que regrese a Moscú de inmedia-
to. Hace dos meses que está allá (Estados Unidos)
ganando dinero para el estado.

-Espero que se dé cuenta de lo que está diciendo.

-Y yo espero que usted se dé cuenta de a quién está
insultando. No se olvide que se trata de mí (la soprano
Galina Vishnevskaya esposa de M.R.) y de Rostropovich.

-Bien, si ambos creen que pueden actuar de esta
manera, crearemos una nueva Vishnevskaya y un nuevo
Rostropovich. Y a ustedes los presionaremos...

Me lo dijo serenamente, mirándome a los ojos. De
la misma manera repliqué:

-Es demasiado tarde. Debió hacerlo hace quince
años. Ahora soy quien soy y Rostropovich es quien es y
no habrá otro igual. Los genios no pueden ser creados;
sólo pueden matarlos.

Este diálogo en donde Galina V. dice al funcionario
que los honorarios de Rostropovich eran cobrados por
el Estado mientras que a su marido le pagaban 200
rublos al mes, fue el motivo de la amenaza de desapare-
cerlos como artistas. Es fácil imaginar lo que sucedió al
matrimonio cuando ayudaron a Solzhenitzyn, criminal-
mente perseguido por el sistema soviético y, aún peor, lo
que sufrió Rostropovich cuando buscó en la Unión
Soviética editor para Agosto 1914 y, todavía más, des-
pués de publicar una carta dirigida a los periódicos más
importantes soviéticos donde denunciaba el silencio y
las feroces campañas públicas emprendidas contra
Solzhenitsyn, D. Shostakovich, S. Prokofiev, Shebalin, N.
Myaskovsky y otros.

Las amenazas fueron cumplidas, Rostropovich no
volvió a dirigir en Moscú ni en Leningrado ni pudo via-
jar al extranjero. Empezó a realizar giras a provincias
donde las condiciones eran deplorables para un artista
de su talla que después de haber actuado con las mejo-
res orquestas de Estados Unidos, El Reino Unido,
Alemania, etc. y de haber estado en contacto con los
mejores músicos de su época, se vio obligado a la vida
provinciana rusa y a actuar con directores y orquestas
incapaces de expresar sus ideas musicales por mucho
que pusieran de su parte, y lo que fue peor se refugió en
el vodka, bebía con frecuencia y su mano se posaba cada
vez más en su apesadumbrado corazón, consciente de
que igual como castigaron a Shostakovich, Prokofiev y

Pasternak, estaban haciendo con él lo posible por reducirlo a la nada.

La sinfónica de San Francisco, dirigida por Seiji Ozawa, llegó por esos días a Moscú de gira y, de acuerdo a su contrato, Rostropovich tenía que actuar en sus conciertos. Aunque los soviéticos trataron de cancelar su participación, los estadounidenses no cedieron y el violonchelista ejecutó el concierto de Dvorak en el conservatorio estupendamente. Lo que vio Galina Vishnevskaya esa noche y lo que dijo a Rostropovich después de la función cuando todos se hubieron ido refleja su valor y el inmenso amor que sentía por su compañero:

Me conmocionó ver cómo salió a escena, cómo tomó asiento, cómo saludó al público. La gratitud con que miró a Ozawa, que estaba comenzando su carrera; el agradecimiento que expresó a cada uno de los integrantes de la orquesta, ya que, gracias a ellos, podía actuar en esa magnífica sala. Y, de pronto, comprendí con horror que, en la profundidad de su espíritu comenzaba a abrirse una fisura fatal, que en poco tiempo podía destruirlo.

[Cuando todos partieron y quedamos a solas:]

–Slava, nadie te dirá lo que voy a decirte ahora. No te agrada, pero nadie puede oírnos. Esta noche tocaste...

–¿Qué estás tratando de decir? ¿Que toqué mal? Al contrario, toqué bien.

–Sí, magníficamente. No puedes hacerlo mal. Pero necesitas un público numeroso. Debes poder viajar al exterior; de lo contrario, tu carrera habrá concluido. El hecho de haber tocado en pequeños pueblos de provincia durante todos estos años, ha marcado tu alma. Estás perdiendo esa calidad especial de gran artista. Debes estar por encima de la multitud, no inmerso en ella. Estás perdiendo la excelsitud de tu espíritu. No digas nada. Yo también soy artista y sé cuán penoso debe ser para ti escuchar estas palabras, sobre todo, después de un concierto triunfal. Pero soy tu esposa y siento que es mi deber decírtelo.

Un tiempo más tarde, continúa Galina en su autobiografía (Galina: Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1985, 346 pp.):

...Dos cantantes del Bolshoi vinieron a verme. Entraron alegres y llenos de entusiasmo. Luego se encerraron con Slava en el estudio.

Poco después, Slava salió de la habitación y me llamó.

–¿Qué ha sucedido? –pregunté.

–Ellos te lo dirán... Y bien, adelante. Yo debo partir. Y no cuenten conmigo, no voy a firmar.

–Escucha, Galya –me dijo uno de ellos–, debes persuadir a Slava. Nos envía una persona importante. Están preparando una carta en contra de Sakharov. Si Slava la firma, puede volver a dirigir la orquesta del Bolshoi mañana mismo. Podrá trabajar allí cuanto desee.

–¿Qué? ¿Ustedes quieren que yo lo persuada? Si firma lo estrangularé [...]

–Pero, ¿qué hay de malo en ello? Nadie presta atención a esas cartas.

–Pero Slava no hará tal cosa.

–¿Por qué?

–Para que nuestras hijas no deban avergonzarse de su padre y tratarlo de bastardo algún día. ¿Comprenden ahora?

–[...] Si no firma la carta, el Bolshoi le cerrará sus puertas para siempre.

–Y bien, no volverá a dirigir en el Bolshoi, pero seguirá siendo un hombre decente. Seguirá siendo Rostropovich.

No sólo no volvió a dirigir el Bolshoi, cuando del extranjero lo requerían para que actuara; los del ministerio de Cultura aceptaban la presentación pero cuando tenía que tocar informaban que no asistiría porque estaba enfermo, o por un viaje urgente fuera de Moscú o cualquier otra vaguedad para desacreditarlo.

Todos esos años de ofensas y humillaciones, cancelación de conciertos, falta de trabajo acorde a su estatura artística le hicieron pedir infructuosamente su salida al extranjero, pero como en los cuentos aleccionadores la libertad para Rostropovich llegó del extranjero. El sena-

dor Kennedy de viaje por Rusia a solicitud de Leonard Bernstein pidió a Brezhnev la autorización para que él y su familia pudieran dejar Rusia.

Mstislav Rostropovich, nació en Baku en 1927, hijo de un violonchelista estudió violonchello con Semyon Kozolupov y composición con Shostakovich y Vissaryon Shebalin en el conservatorio de Moscú y ganó numerosos premios en concursos nacionales e internacionales siendo aún estudiante. Trabajó un tiempo con Pablo Casals; estudió música de cámara también con Shostakovich y Benjamín Britten, así como con Sviatoslav Richter, Emil Gilels y Leonid Kogan. Vivió fuera de Rusia desde 1974. De 1977 a 1994 fue Director Musical de la Orquesta Sinfónica Nacional de Washington de la



Perla Estrada

que fue Director Laureado. Murió en Moscú en días pasados. Sus grabaciones ofrecen un testimonio de su maestría inigualable en el violoncello y son paradigmas las suites para violoncello de Bach, y el concierto para violoncello y orquesta de Dvorak. Como director de orquesta y ópera alcanzó logros similares, sobresaliendo entre sus lecturas la que hizo de la ópera de Shostakovich Lady Macbeth en el Distrito de Mtsensk.

Para alguien que sufrió tanta persecución por defender y ayudar a sus amigos y compañeros artistas ningún homenaje es suficiente, aunque hayan sido en vida, para restituirlo del dolor causado, pero su ejemplo queda como el de un héroe amado en una época tan necesitada de ellos.

Valga como un homenaje más la carta de uno de sus protegidos.

Queridos Galochka y Slava:

A medida que se acerca el décimo aniversario de mi exilio, vuelven a mi mente las imágenes de los años terribles y penosos que lo precedieron. Alya y yo hemos estado recordando: sin la ayuda y la protección de ustedes, no hubiera sobrevivido a esos años. Me hubiera derrumbado; ya había llegado al límite de mis fuerzas. No tenía dónde vivir; en Ryazan me hubiesen asfixiado y no hubiese tenido paz, ni aire, ni la posibilidad de trabajar. Y sin trabajo, la vida se anula. Pero, en la casa de ustedes, escribí más de la mitad de Agosto y gran parte de Octubre. Y ustedes cuidaron con tacto mi soledad; ni siquiera mencionaron las persecuciones y la hostilidad de que era objeto. Crearon una atmósfera tal como nunca soñé que fuera posible en la Unión Soviética. Sin ella, seguramente hubiera estallado y no hubiera podido continuar hasta 1974.

Recordar todo ello con agradecimiento es poco decir. Ustedes pagaron un precio muy doloroso por cuanto hicieron [...] Mi gratitud jamás podrá compensar esas pérdidas. Sólo se pueden extraer fuerzas de la certeza de que, en este tiempo, los rusos estamos condenados a un castigo común y sólo se puede esperar que el Señor no nos castigue hasta el final.

Gracias, queridos amigos. Alya y yo los abrazamos.

Su amigo de siempre,
 Alexander Solzhenitsyn. ■